

L E C T U R A P A R A T O D O S

PROPAGANDA GRATUITA

Obras y no lamentos

Si uno se echa por esas calles y casas, y pregunta á cualquiera sobre qué altura nos encontramos de moralidad en estos tiempos, le responden que esto está muy mal, cosa perdida, á punto de dar un estallido. Y lo peor, añaden, lo peor es que la culpa de todo la tienen unos cuantos que viven sin Dios, sin ley y sin conciencia, y son los propagadores de tantas inmoralidades como forman esa ola de cieno que nos aplastará el mejor día, y convertirá la sociedad en un montón de ruinas. Y si uno alarga un poco la conversación, oye decir: si señor, las cosas no pueden seguir así; los buenos son más en número que los malos, y hay que acabar con el mal, antes que él acabe con nosotros.—Y aquí hacen punto final, y santas pascuas. Se quedan tan satisfechos como si hubieran hecho algo. Lamentan los males que padecemos, y nada más; sin caer en la cuenta de que los males no se curan con lamentos.

Así anda el mundo, y debido á esto nos han cogido la delantera unas cuantas docenas de bullaugueros que por tener la osadía de

disparatar y blasfemar en alta voz, se creen cargados de razón y de justicia para decir y hacer todas las enormidades que les vienen en gusto.

Y los que rinden culto, á la verdadera moralidad, ¿qué es lo que hacen? Ven esa ola de cieno que avanza, avanza sin cesar, ¿y qué hacen para oponerla un dique? Muy poco ó nada. Y es preciso hacer, no algo, sino mucho. Es preciso oponer doctrina contra doctrina, y propaganda contra propaganda. Es preciso que los verdaderos católicos procuren con todas sus fuerzas contrarrestar los efectos del mal con la abundancia del bien, y combatan el error sin trégua ni descanso. Los malos no pierden ninguna ocasión para propagar sus ideales, revistiéndoles con la apariencia del bien. ¿Por qué los buenos no han de aprovechar también todas las ocasiones, para propagar la verdad y desenmascarar el error? ¿Por qué se ha de dejar á los enemigos de la moralidad un campo que no puede ni debe ser suyo? Hay que trabajar por el triunfo del bien; de otro modo, á la corta ó la larga, la sociedad actual será víctima de la barbarie de los que la pervierten apartándola de los cami-

nos de Dios, que son caminos de moralidad y de justicia. Con los brazos cruzados no se hace nada. La verdad tiene de suyo fuerzas de sobra para triunfar del error. Solo se necesita que los buenos pongan la verdad en práctica, en público y en privado, y no condesciendan con el error en ningún terreno, y entonces el mal será arrollado por el bien.

—¿Y si yo quisiera hacer A. B.

Cuestiones de siempre

Dejemos a un lado la cuestión de los curas, porque al fin, D. Filoteo, es cierto, que sería una injusticia molestarlos en nombre de la libertad solo por el hecho de ser curas. Pero también es verdad que inventan unas cosas que... no cuelean, vamos, D. Filoteo, que no cuelean en estos tiempos.

—Explícate, y veremos.

—¿Pues te parece a usted poco eso de que hay otra vida después de esta?

—Pero... alma de centaro, y dispensa, ¿quién te ha metido a ti en los cascos que la existencia de la vida futura es invención de los curas?

—Ahora salimos con esas, D. Filoteo? Pues de no haber sido ellos, ¿quién se hubiera atrevido a inventar una cosa semejante?

—Pues lo te digo que no han sido los curas. Y no abras tanto la boca en señal de asombro. Porque así como el que existe Dios, que es infinitamente justo, y que el hombre tiene una alma inmortal no es invención humana, tampoco lo es lo de la vida futura. Y si no, fíjate en este dato. Antes, muchísimos siglos antes de que hubiese curas en el mundo, ya era creencia universal y muy arraigada lo de la vida futura. Con que ya ves.

—Pues si es así, alguien engañaría al género humano, para que creyese semejante cosa.

—¡Oh! Lo que es tú no tienes precio. Sin duda has llegado a creer que el géne-

ro humano, considerando en la sucesión de treinta ó cuarenta siglos, era un Juan de las Viñas, para poderle engañar en un asunto de tan capital importancia como en el de la vida futura. Y para que te persuadas de que has dicho una barbaridad de esas que entran pocas en arroba, puedes, si quieres hacer la siguiente prueba.

Hoy en pocas horas puedes ponerte en comunicación con todo el mundo lo que no podías hacerse antes de que hubiese Sacerdotes, ni aún algunos siglos después. Atrevete, a ver si consigues que el género humano crea que en tu pueblo, por ejemplo, los burros pronuncian discursos en inglés, ó que tu poseas el secreto de quitarle a un sexagenario, cuarenta años de vida y dejarle en veinte, ó otra cosa semejante.

—¡Hombre, D. Filoteo! ¡No sea usted guason! ¿Cómo quiere usted que el género humano se tragara unas mentiras tan gordas?

—Y si lo de la vida futura fuese también una mentira, ¿cómo quieres tú, que se la hubiera tragado, sin que jamás se le hubiese ocurrido dudar de ella? ¿Pensas tú ser posible que el género humano admita como una verdad universal una semejante mentira? Podrá ocurrir que una mentira ocupe el lugar de la verdad entre algunos pueblos, y por algún intervalo de tiempo, y esto a mucho tirar. Pero que se engañen todos los hombres, sabios é ignorantes, no por un siglo ni por dos, sino por más de cuarenta siglos... ¡vamos, Teóforo, para creer esto es preciso tener la cabeza a pájaros. Porque has de saber, que desde Adán á Jesucristo ya hubo gente en el mundo. Y entre tanta gente hubo muchos, pero muchísimos sabios y sábios de primer orden, y esos sabios creyeron en la vida futura, y no es porque dejaran de estudiar y averiguar lo que hubiera de cierto en este asunto, que bien lo miraron y remiraron, y si esta creencia hubiera sido una de las tantas fábulas que el vulgo creía, ellos hubieran sido los primeros en negarla, y combatirla, como hicieron combatiendo la existencia de aquel enjambre de dioses y diosas, cuya existencia daba como cierta una gran parte del vulgo. Y si hubo alguno entre los sabios de aquellos tiempos, que negó la existencia de la otra vida, esto no fue más que una excepción rarísima, y los demás sabios se burlaron de él. Ya ves, amigo mío, si con seriedad

puede decirse que la existencia de la vida futura es una pura invención de los curas.

—Pues mire usted, D. Filoteo, á mí no me venga usted con retóricas. En libros con letras como puños he leído yo, yo mismo, que fueron los curas los que eso inventaron, y cuando esas cosas se escriben, por algo será...

—Eso no es razón ninguna. Porque es como si yo dijera, que tu eres un ladrón, porque en letras como puños he visto escrito que la propiedad es un robo, y los propietarios unas ladrones. No todo lo que se escribe en los libros puede creerse como cierto, porque se escriben muchos disparates.

—Buena. Pero si tan cierto es lo de la vida futura, ¿por qué lo niega todo el mundo?

—No es cierto que esto lo niegue todo el mundo, ni medio mundo, ni una cienmilésima parte del mundo. Es cierto que hay algunos, nada más que algunos, que echándola de sabios, quieren convencer á los demás de lo que ellos no están convencidos, porque si por ellos fuera no habría tal vida futura, y así evitarían el pagar las muchas perrerías que han hecho en este mundo. Les pasa á estos, lo que á los ladrones, que no quisieran que hubiera guardia civil ni tribunales en el mundo. Pero no les vale; porque ni su modo de pensar, ni sus descabellados deseos alterarán en lo más mínimo el orden de cosas que Dios tiene establecido según la más recta justicia, y así digan lo que quieren, no dejará por eso de haber otra vida.

—Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que no se puede admitir que en la otra vida sean eternos los castigos: esto sería una injusticia por parte de Dios.

—Aquí le esperaba yo, y esto es lo que duele. La cuestión de la otra vida si algo tiene que irrita los nervios de cierta clase de gente, no es precisamente su existencia, sino la eternidad de las penas. Quítese esto y pasarán por todo. Pero, díme, ¿en qué está la injusticia por parte de Dios, si en la otra vida castiga con penas eternas?

—En que no hay proporción entre la culpa y el castigo; porque la culpa durará más ó menos años, pero en la otra vida, según dice usted las penas son eternas. Con que ya ve usted si esto es injusticia.

—Pues no lo veo. Porque si el hombre

no borra las culpas en esta vida, se las lleva á la otra, y como esta es eterna, eternamente durarán las culpas, y por consiguiente las penas de esas culpas eternas deben ser. Por otro lado, tu supones una falsedad. Supones que las penas han de durar tanto como dure el acto culpable.

—Y así ha de ser y pues de otro modo la injusticia es manifiesta.

—Estás en un error. Y si no, díme: ¿qué pena merece un ladrón asesino?

—Lo menos cadena perpétua.

—Está bien. ¿Y cuánto tarda en cometer el crimen un ladrón asesino?

—A lo sumo unas cuantas horas.

—Pues ya ves, Teóforo, que si adoptáramos tu criterio sobre la aplicación de las penas, el ladrón asesino tendría bastante con unas cuantas horas de cárcel y sería una injusticia imponerle cadena perpétua. Quiero decirte con esto, que así como las acciones buenas no se miden por lo que duran, sino por lo que valen, de igual manera, las malas no se miden, ni deben medirse para el castigo por lo que ellas duran, sino por la gravedad que encierran. Un insulto dirigido á un hombre es ya una culpa; pero dirigido por el hijo al padre reviste ya mayor malicia y merece más grave castigo. Pues suponte tú la malicia que entrañará el insulto que pecando hace el hombre á Dios. Dios es infinito, y por lo tanto, los insultos que se le hacen revisten una malicia infinita, una gravedad sin límites; de donde se sigue que la pena debe ser también infinita en su duración. Y si esto no te convence, oye lo último que quiero decirte. La cuestión de la otra vida con sus penas eternas, prácticamente ha de estar resuelta para ti dentro de unas cuantas docenas de años, y esto á mucho tirar.

Quiero decir, que dentro de unos cuantos años morirás, quieras ó no quieras. Suponiendo, por suponer algo, que la otra vida no existe, ó si existe allí no hay penas eternas, nada pierdes viviendo como Dios manda. Pero si te ries de la otra vida, y de sus penas eternas te burlas y al salir de este mundo te encuentras con que existen esa vida, y esas penas eternas, no será pequeño el chasco que te lloves, y te costarán muy caras esas bromas necias de que ahora haces alarde por seguir la corriente de la impiedad. Pero para tí, si no abres los ojos, y basta por hoy.

CARTAS A UN AMIGO

Querido Pepeñ Afeccionado como eres a los estudios te recomiendo un libro de muchísima utilidad. El libro en cuestión es pequeño, pocas son sus páginas; pero dice tantas cosas y tan buenas que yo te aseguro las de quedar prendado con su lectura. Y para que salgas pronto de tu ansiedad, te lo dare de una vez. Este libro de oro es el Catecismo de la Doctrina cristiana.

Al leer está quizá una risa burlesca asome a tus labios, diciendo para tus adentros: ¡Bá! ¡Bá! Y para eso lapiceros, pincelillos y ponderaciones.

No niego que el libro que yo te recomiendo sea bueno, útil y hasta necesario, pero no tanto que, hombre como yo, te acordés que hacer un catálogo de sus lógicas explicaciones. El Catecismo es necesario para niños de la escuela para gente ignorante que no tiene otros medios de instrucción; no así para los que aspiramos a conocer a fondo las verdades reveladas.

Si así piensas y discurras, discurrees y piensas muy mal, porque has de saber que el mencionado libro es útil y necesario lo mismo al esbozo que al idiota, al niño de pocos años como al joven que frecuenta las aulas de estudios superiores.

Y sino vamos a ver ¿qué enseña el Catecismo? Enseña la existencia de Dios, la unidad de Esencia y trinidad de Personas; el origen y naturaleza del hombre, el pecado original; la naturaleza y Divinidad de Jesucristo; la Redención del mundo hecha por el Salvador; el establecimiento de la Iglesia, columna de la verdad; los sacramentos, indulgencias etcétera; enseña, en fin, para ir al cielo. Ver-

dades todas necesarias al hombre para salvarse, y que en vano podrás encontrar en otro libro que lo explique con tanta sublimidad y sencillez.

¿Podrás tú darme alguna obra filosófica que reúna tantas verdades acerca de Dios, el hombre y la sociedad? Ningún filósofo antiguo ni moderno ha dicho tanto y tan sublime y en tan pocas palabras como dice el Catecismo. «Imagínate Agustinus que explica todos los enigmas, disipa todas las dudas, rebate todas las dificultades, hace misterioso que tiene al hombre con Dios, el cielo con la tierra; el tiempo con la eternidad; y todo esto sin esfuerzo de palabras, sin ambages, con suma claridad, de tal modo que basta tener oídos para escuchar y corazón docil para creer y amar.»

Ya ves si debes tener en gran estima el librito que hoy te propongo para que lo leas con frecuencia, porque si debemos hacer gran aprecio de las ciencias humanas, como: matemáticas, física, geografía y gramática que nos enseñan los conocimientos útiles para nuestro bienestar en la tierra, mucho más debemos hacerlo del Catecismo que nos enseña las verdades referentes a nuestra salvación eterna que importa más que las comodidades pasajeras de nuestro cuerpo.

Tan grande es la excelencia del Catecismo; tanta es su utilidad que hombres sabios y eminentes no se han desdenado en hacerlo objeto predilecto de sus estudios. Así se cuenta del general Lamoriciere que, sorprendido por un amigo suyo, en el momento que tenía en su mesa el «Catecismo y la Imitación de Cristo», dijo:—No te extrañes, amigo: ésta son mis guías inseparables. Yo no quiero estar, como en el aire, entre el cielo y la tierra, el día y la noche; quiero saber, adon-

de voy y a qué atenerme, y no tengo reparo en desatar un fe.

De otro hombre no menos ilustre refiere el Sr. Dupanloup que, visitando un hospital, le encontró absorto en la lectura del Catecismo. Acercóse al enfermo, quien, al verle, exclamó: ¡Ah! Ilmo. Sr. ¡que hermoso libro! es un tesoro, un pozo de ciencia en el cual las grandes cuestiones se tratan á fondo. ¡Qué libro tan admirable!—Como estos ejemplos pudiera citarse otros muchos á granel; y para no ser pesado basta con uno más, que por ser del incrédulo Diderot, uno de los corifeos de la filosofía impía del siglo XVIII, vale por muchos.

Sorprendido éste filósofo impío por su amigo M. Beuzé, en cierta ocasión que enseñaba á su hija de diez años el Catecismo.—¡Cómo! exclamó con gran sorpresa el amigo, ¿tú enseñas el Catecismo? ¿Te estás burlando?—Si yo conociese, replicó Diderot, un libro mejor para hacer de mi hija María una hija respetuosa y tierna, buena mujer y digna madre, se lo enseñaría; pero á la verdad, que en el mundo no conozco más que el Catecismo que le pueda enseñar todo esto; ¡ojalá que, para felicidad suya y mía, crea, ame y practique cuanto en él se indica!

Esta hermosa confesión escapada de los labios de un impío debe ser motivo para deponer toda preocupación errónea acerca del gran libro del Catecismo. Sólo el que posea entendimiento muy corto puede despreciar y hasta ridiculizar libro de tanta valía, más el que reflexione atentamente, el que conozca el corazón humano, las vicisitudes de la vida, los peligros que corre la juventud, no puede menos de amar su lectura, engolfarse en sus verdades tan sublimes á la vez que sencillas. Si los filósofos Sócrates, Platón, Aristóte-

les hubieran tenido la suerte de poseer este admirable compendio de la Religión, no lo hubiesen despreciado, como hacen hoy muchos ignorantes. Amantes estos filósofos de la verdad, la buscaban por todas partes, sin que jamás pudieran disipar toda duda. Les faltaba este faro luminoso que libra á la razón de los escollos de la incertidumbre.

El Catecismo es el gran libro que deben hojear con frecuencia ricos y pobres, sabios é ignorantes, amos y criados si quieren cumplir fielmente con sus obligaciones respectivas; si quieren verse libres de las monstruosas teorías que, acerca del capital y trabajo, de la libertad y obediencia, corren en estos malhadados tiempos. En el Catecismo se hallan resueltos esos problemas pavorosos que afligen á la sociedad, y que nuestros estadistas no aciertan á resolver. No creas que exagere; es la pura verdad; porque, si fin, no otra cosa encierra el Catecismo en sus páginas sino la doctrina de Jesucristo, único maestro que sabe y puede enseñarnos lo que constituye la felicidad temporal y eterna.

No dejes, pues, de hojear á menudo el librito que tanto te recomiendo, si quieres ser feliz sobre la tierra. Tu amigo.

CUPERTINI.

La cadena terrible

Paseábase alegre un capitán de navío por los orillos de un río en las inmediaciones del mar cuando la marea estaba baja. Como andaba distraído mirando á derecha é izquierda, no vio que á su paso ha-

bía una gran cadena, cuyos extremos estaban asegurados: el uno en un anillo fijo en una piedra de la orilla, y asido el otro á una áncora hincada en las arenas del otro lado del río. Tropezó en ella con un pié, el cual atravesando uno de los eslabones ó anillos, quedó preso. Hizo esfuerzos y más esfuerzos, dió vuelta á su pié á uno y otro lado, pero todo fué inútil. Ya fatigado con tan infructuoso trabajo, dió voces pidiendo auxilio; y habiendo acudido varios hombres que le oyeron, comenzaron á tirar del pié del capitán con todas sus fuerzas; pero había ya empezado á inflamarse y fueron vanos todos sus deseos. ¿Qué hacer? No era posible soltar ni retirar la cadena: era una de esas masas de hierro que no se mueven sin la ayuda de un cabrestante ó torno; y no había que perder tiempo, porque la marea empezaba á subir.

—Llamaremos á un herrero que rompa el hierro—dijeron los hombres; y en efecto, uno de ellos fué corriendo al pueblo más cercano, que distaba tres kilómetros.

Llegó el herrero; pero los instrumentos que llevó consigo no eran bastante fuertes, y fué preciso volver otra vez por otros que lo fue-

ran. Regresó pronto; pero á pesar de eso y durante el tiempo transcurrido en las idas y venidas, las aguas del mar habían subido; la marea detenía el río, y el agua que primero había mojado la arena, cubrió pronto el pié y poco más tarde la pierna del capitán y para cuando llegó por segunda vez el herrero, el agua le cubría ya la cintura. Los hombres que le asistían tuvieron que colocarse en barcas.

—¿Qué haremos? ¿qué haremos?—decían angustiados.

—Un remedio os queda—le dijeron al capitán—uno solo aunque muy terrible. ¡Sacrificar la pierna para salvar la vida!

—¿Lo queréis?

—¡Sí, todo lo quiero con tal de no morir! ¡Venga enseguida un cirujano que me corte el pié!

Corrieron algunos hombres y hallaron luego un cirujano. Vino éste á escape con todo lo necesario para efectuar la operación.

Desde que el capitán alcanzó á verle, le gritaba el desgraciado:

—Pronto, aprisa, doctor, pronto, cortadme el pié, salvadme la vida.

Pero cuando el doctor se acercó siéndole preciso subir á la barca y

llegar a fuerza de remos junto al capitán, el agua llegaba ya al cuello de éste. Los hombres le sostenían con gran pena la cabeza fuera del agua, y el cirujano dijo:

—¡Es demasiado tarde!

Algunos instantes después, las olas pasaron por encima de la cabeza del capitán, y murió ahogado.

Esta terrible historia puede servirnos de enseñanza. Este hombre que sale a la mañana a pasearse alegremente, sois vosotros. Esta cadena que distraído no vio el capitán, es la trampa ó el lazo tendido por Satanás y por los engaños del mundo. El anillo en que queda preso el pié, es el pecado. Créese que fácilmente se podrá desprender de él, pero se engaña. Las olas que suben son el tiempo que pasa, la muerte que se acerca. No hay un instante que perder. Cada hora que pasa hace al pecado más fuerte, la salvación menos probable. ¿Qué haréis? Nadie puede libraros de una catástrofe cierta, ni doctores, ni herreros, ni todos los hombres juntos.

¿Qué haréis? Hay en verdad un Salvador, pero es el único: es Jesús. Él puede desembarazaros, soltaros, libraros, salvaros... Volveos

hacia Él, llamadle en vuestro socorro; apresuraos que el tiempo pasa. Él vino al mundo á daros la vida. No tardeis. Él que cree en Él no será confundido. No tardeis: Él os salvará: Él estará con vosotros en las angustias, en los peligros, en la muerte, y os librárá de ella.

Pero no tardeis, porque hoy es el día de la salvación.

SILVIA CINTORA.



OBSERVACIONES

Los donativos para el sostenimiento de este periódico se reciben en el domicilio del director calle Mendizábal número 16—Almonsa.

(Véase el anuncio de esta revista inserto al final de la siguiente plana.)



Noticias

Humildad de Pío X

Al recorrer hace unos días el Papa Pío X unas habitaciones donde estaban trabajando varios obreros, éstos al ver a Su Santidad se descubrieron y arrojáronse a su paso. El Papa les mandó levantar, e y cubrirse, á lo cual se negaron aquéllos. Entonces Pío X dijo:—Pues me descubran y también. Y al salir, dirigiéndose al que le acompañaba, añadió:

—Y pensar que estos obreros humildes que nos prestan homenaje, ocuparán un día en el cielo un lugar más elevado que el nuestro!



Frutos de la verdadera Religión

Había una Hermana de la Caridad que cuidaba enfermos en un Hospital. Entre éstos había un turco que, por lo que se referir debía ser el más intratable.

Llevóle la Hermana un huevo ya preparado, para que se lo tomase; pero el bruto del turco agarró el huevo y se lo arrojó á la cabeza á la buena Hermana, la cual quedó de pies á cabeza como es fácil imaginar.

Retiróse tranquilamente la Hermana, se limpió y mandó que preparasen otro, que llevó enseguida al enfermo. El turco, con grande enojo y mal humor, hizo lo mismo que antes.

Esta insolencia repetida, hubiera bastado á cualquiera para haberle mandado á freir espárragos! Pero la Hermana no se dio por vencida y después de haber preparado un tercero se lo llevó diciéndole al mismo tiempo:—Por lo que á este tocón, lo tomareis por el amor de Dios.

Lo tomó en efecto y pensando detenidamente en lo que había hecho y en la conciencia de la sufrida religiosa, exclamó:

—No, no, no hay más que una religión

divina que pueda inspirar tales sentimientos.

Se hizo instruir y se convirtió al Cristianismo, siendo desdeñá tan ejemplar cristiano como antes había sido celoso musulmán.

Esa abnegación y ese sacrificio por amor del prójimo no se hallan fuera de nuestra Católica Religión, como sus mismos enemigos desapasionados se ven obligados á confesar, á pesar de las «hermanas basilias» y otras invenciones fraternarias con que quieren hacer iragar la píldora del altruismo y filantropía los modernos racionalistas.

La conversión reciente del ex-Presidente de la República de Orange, Mr. Stejín, no tiene tampoco otro origen que esa divina y sobrenatural singularidad que, en punto á abnegación y caridad, tan evidente es para todos en la Religión Católica.

ANÉCDOTA

Tratándose hace dos años en la Cámara francesa de diputados sobre las oraciones por los difuntos, exclamó Mr. Dubois diputado de ideas avanzadas:

—Parece mentira que en el siglo de Pasteur, se pueda hacer creer en «esas cosas».

A lo cual replicó muy oportunamente otro diputado:

—Pues precisamente en «esas cosas» creía monsieur Pasteur.

LECTURA

PARA TODOS

Señalarse por correspondencia á
las librerías que siguen.

4 2	plaz.	100	comp.
4 1	plaz.	50	id.
4 0 50	plaz.	25	id.

Dirijase toda la correspondencia á su director y administrador

Dr. Paulino Bustiraza,
Calle Mendizábal, 16.

ALMAVIVA

IMP. VIUDA E HIJOS DE J. PIQUERAS